

dosmil30

4 de marzo de 2005

Antiimperialismo: retórica o economía política

Juan Grompone

Cuando el Papa le pidió explicaciones a Carlos III sobre la expulsión de los jesuitas de sus dominios el monarca ilustrado respondió con un exacto “es un asunto de economía política”. Hoy, que la palabra economía pretende separarse de la política, es bueno repasar por qué ésta es una idea equivocada.

En estos días muchos economistas se preocupan por una “epidemia” que afecta al dólar en todo el planeta. Como a mí me gustan las fantasías de ciencia ficción, quiero recordar el monumento de Botero en el aeropuerto de Barajas, en Madrid, que representa el rapto de Europa y que sirve de imagen para esta nota.

Cuando estalló la Segunda Guerra Mundial todos los combatientes sabían que el enemigo era Inglaterra, solamente que unos luchaban a su lado y otros en contra. Inglaterra era el único protagonista que lo ignoraba y que continuó ignorándolo hasta el final. Su negativa a reconocerlo prolongó innecesariamente la contienda. Como resultado de la guerra el dólar terminó como la moneda internacional, con la bendición del inglés Keynes incluida. Con el greenback los norteamericanos compraron y reconstruyeron Japón y Europa. Todo parecía que seguiría así para siempre.

El dólar y el mayo francés

A fines de los sesenta –con Europa recuperada– el francés De Gaulle comenzó la ofensiva contra el dólar. En cierto momento anunció que Francia realizaría su comercio internacional en oro (cosa que los economistas a secas consideraban un resabio del pasado y no una medida política).

En mayo de 1968 estalló la contraofensiva, pero en lugar de ser el Departamento de Estado, eran los estudiantes de Nanterre que querían intimidad en sus dormitorios. ¿Adivinen qué? Francia se paralizó. Los sindicatos apoyaron a los estudiantes. De Gaulle se fue para su casa.

Yo diría que fue la CIA, pero los intelectuales de izquierda todavía creen en uno de los últimos mitos de la izquierda internacional: el mayo Francés. En 1998 –en oportunidad de la celebración

de los 150 años del Manifiesto Comunista– tuve oportunidad de ver a viejos militantes de la izquierda cantar La Internacional en una Babel de lenguas y recordar, puño en alto, que en esa aula magna de la Sorbonne los estudiantes franceses habían proclamado el comienzo de los “nuevos tiempos”.

La iniciativa de De Gaulle fue detenida pero cinco años después estalló la inflación: el oro pasó de 30 a 300 dólares la onza, el barril del petróleo pasó de 3 dólares a 30 (cifras redondas). Los economistas –a secas– balbuceaban explicaciones. Nadie, que yo recuerde, dijo lo que me parecía evidente. Luego de ganada la guerra, todos querían dólares y la Reserva Federal no tenía asco de imprimir billetes. Todo iría bien siempre que los greenbacks no regresaran, pero en los 70 comenzaban a regresar. Luego, como cualquiera diría desde los tiempos del Imperio Romano, si emiten moneda falsa, hay inflación. Como la economía ya no era política sino “ciencia”, el cambio de precios de los 70 parece seguir siendo un misterio.

El imperio en apuros

No había bombas de destrucción masiva en Iraq, ¿por qué invadieron? Hay muchas explicaciones que suenan a ficción. 1) Bush hijo deseaba derrotar a Bush padre –complejo de Edipo si es que se puede descubrir el atractivo de Bush madre–; 2) ajuste de cuentas con un socio traicionero, dice el culebrón tropical que difundió Michael Moore. Así que yo me animo con la mía: 3) la venta del petróleo.

Más de un correo de Internet decía que Saddam había anunciado que comercializaría el petróleo en Euros (escribo Euro con mayúscula en

honor a la gorda de Botero). ¿Qué pasaría si la “vieja Europa” –como Condoleeza y sus compinches se complacían nombrar– propusiera comercializar el islámico petróleo mediante el amistoso Euro en reemplazo del gran Satán: el greenback infiel? Como la economía es una ciencia y no es política, la cuestión parece que no se plantea; pero como aquí estamos en la ficción, está permitido especular. El precio del petróleo no ha cambiado en Euros mientras que el dólar se desploma. ¿Por qué no comercializar entonces en Euros? De esta manera los países petroleros –con la segura excepción del Reino Unido y de Noruega– le quitarían al dólar una buena parte de su importancia para el comercio internacional.

La propuesta del Euro preocupa mucho a los Estados Unidos. Hoy, tienen más de 600 miles de millones de dólares de déficit anuales en la balanza comercial. Hasta ahora esto no significa nada porque los greenbacks todavía son apetecidos. Pero ¿qué sucedería si dejaran de serlo? Entonces este déficit se convertiría en un arma mortal para el Imperio, la economía se convertiría en política y, la política, sería continuada por la guerra diría el germano von Clausewitz. Cualquiera diría que los Estados Unidos deberían entrar en guerra si se planteara una medida de tal naturaleza. Pues así fue. He aquí la debilidad del Imperio. He aquí una manera no retórica de hacer antiimperialismo.

Regresemos al toro norteamericano –el sólido animal que está en Wall Street y que simboliza el pujante mercado de acciones– y la “vieja Europa” con la gorda de Botero sentada, indolente y triunfal, en sus lomos como los irreverentes turistas para fotografiarse como recuerdo. Pues la “vieja Europa”, que parecía destinada a fabricar productos de lujo –bebidas finas, ropas de marca, autos de lujo– resulta que en algunas áreas de alta tecnología está a la vanguardia. La tecnología de celulares es europea y el principal fabricante del mundo está en Finlandia. El mayor fabricante de programación para administración de empresas del mundo es alemán. El fabricante más avanzado del mundo en aviación civil es un consorcio europeo. Ponen satélites en órbita y hasta diseñaron algunas de las ideas básicas de Internet. Se podría pensar que esto es el viejo imperialismo europeo que resurge, pero por ahora no hay signos visibles efectivos.

La era progresista y el antiimperialismo

Pero se trataba de escribir sobre la era progresista, como la llama Fito Garcé. ¿Qué pasa con el dólar en el comienzo de la era progresista? Se devalúa. ¿Qué dicen los economistas uruguayos? Es una peste internacional. ¿En qué quedó el anti-

imperialismo? ¿De Gaulle murió del todo? ¿El mayo francés triunfó y se canta La Internacional en la Sorbonne?

En Uruguay –autodenominada plaza financiera del Sur– se puede abrir una cuenta en Euros. ¡Bien por la libertad de comercio! dicen los economistas no políticos. Pero si intento extraer Euros de un cajero automático de una callejuela de Potenza o de Balingen, puedo, pero me cobrarán la comisión de cambio del Euro al dólar, ida y vuelta, para extraer dinero libremente comprado y depositado en mi cuenta.

Imaginemos cómo estaríamos si nuestras reservas, en lugar de greenbacks hubiesen sido Euros: un 25% de quita en la deuda externa.

Hablemos de antiimperialismo. Yo, más que declaraciones quiero acciones. Más que antiimperialismo verbal quiero que, bajo el gobierno progresista, la economía sea política. Esto quiere decir que: 1) la depreciación del dólar no sea un virus importado sino una medida económica controlable mediante la política monetaria; 2) que el Euro se cotice independientemente del greenback; 3) que mis cuentas en Euros sean plenamente válidas y no espejo del dólar; 4) que los negocios con el exterior, petróleo incluido, se puedan realizar en Euros si se lo desea; 5) que existan reservas, cada vez más importantes, en Euros y 6) expandir esta idea en la región para compartirla con otros gobiernos progresistas. Todo esto se debe hacer gradualmente.

En resumen, si la era progresista me quiere vencer que es progresista, debe restaurar el carácter político de la economía y, sobre todo, debe reconocer que el Euro, como la gorda de Botero, está sentado triunfador sobre el toro de Wall Street y que invierte la leyenda del rapto, tal como sugiere el artista.

Juan Grompone es ingeniero industrial y escritor.